

ESCUADERO, FABIÉ Y PEÑARANDA,
TRES ACADÉMICOS DEL XIX

Por *ENRIQUE TORAL PEÑARANDA*
Consejero fundador del IEG

Señor Director, señores académicos de esta Real Academia de Bellas Letras de Sevilla. Gracias por haberme acogido en su seno a mi, próximo a cumplir noventa años y después de cerca de setenta de investigador de nuestro medievo, a comparecer aquí a hablaros de cosas y personas del siglo diecinueve, en el que tanto relieve alcanzó esta Real Academia.

Y permitirme que antes os cite al noble señor don Alonso Fernández de Peñaranda Pizarro Silva y Baena, natural de Sevilla y Colegial del Santa María de Jesús, que perteneciera en su juventud a la Academia particular de Letras Humanas y luego lo fue de ésta como académico de número, no sin deciros que en el magno Diccionario de don Mario Méndez Bejarano se le hace abuelo paterno de mi abuelo Carlos Peñaranda, confundiéndole con su sobrino carnal, del mismo nombre, natural de Fuentes, que casó allí en 1800 con su parienta doña Josefa, previa dispensa de cuatro impedimentos de consanguinidad, y que fuera el primer Peñaranda que fue Maestrante de Sevilla.

Y quisiera resaltar que en aquella Sevilla de grandes convulsiones fue don Alonso persona ejemplar que vivió muchos años en la sede de su Colegio y tributó su homenaje a la amistad, siendo siempre amigo de su compañero don José María Blanco White y de don Alberto Lista, ambos exiliados en Inglaterra y en Francia, donde don Alberto fuera cura párroco varios años de una iglesia rural.

Y en ese amor por esas dos grandes figuras de la lírica hispana, le acompañaron siempre los Escuderos, que fueron muchos años relatores de la Real Audiencia sevillana sin perjuicio de ser asimismo abogados de los Reales Consejos.

Y con esto vamos a mencionar y estudiar con papeles inéditos de mi archivo algo de los tres primos Escuderos, que se profesaron singular afecto, y fueron don Francisco Escudero y Perosso, don Antonio María Fabié y Escudero y don Carlos Peñaranda y Escudero; los primeros mayores en años que el tercero, mi abuelo materno, y los tres fueron académicos de esta noble corporación, los primeros como Académicos preeminentes y mi abuelo como Correspondiente, por vivir entonces con altos cargos en las Islas Filipinas como funcionario de Hacienda. Y a los tres les unía un singular cariño. Y diremos que en el campo filosófico, mientras en Madrid se seguía a un mediocre filósofo alemán, Krauser, Sevilla brilló mucho más alto, pues allí se fundó y se mantuvo como ideólogo, nada menos que al gran filósofo Hegel.

Y en cuanto a su parentesco por el linaje de los Escuderos diremos que los tres eran primos segundos, y además Fabié y Peñaranda eran primos hermanos. Hablaremos del primero.

Don Francisco Escudero y Perosso pasó los primeros años de su niñez en la casa de su mentor, gran latinista, llegando a dominar el latín clásico con gran soltura. En Madrid culminó sus estudios con el doctorado en Jurisprudencia, siendo particular amigo del egregio escritor don Juan Eugenio Hartzenbuch, que le tenía casi por hijo. Junto con él fue fundador del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, desempeñando algunos años la dirección de la Biblioteca de la Universidad de Valencia, que fuera su segunda patria, y donde encontró el amor con una joven y sobresaliente actriz, Matilde Bagá, con la que contrajo matrimonio, y que falleció en el parto del que pudo ser su hijo y no llegó a nacer. Y en Valencia vivió Curro, el inolvidable Curro, de 1860 al 8 de septiembre de 1862.

Y en recuerdo de su amada mujer Matilde escribió:

TU
(a M)

Mi mundo eres tu, hija mía;
 en tu dulce amor cautivo,
 por ti satisfecho vivo,
 por ti alegre moriría.
 Tu eres el sol de mi vida,
 y de mi noche la estrella:
 reflejo de tu alma bella,
 si pienso, si hablo, si miro,
 si sonrío, si suspiro,
 dice mi pecho, "es por ella".
 Veo tu divina mirada
 del cielo en los resplandores;
 el perfume de las flores
 es tu boca embalsamada;
 tu voz oigo en la enramada
 cuando canta el ruiseñor;
 de las hojas al rumor
 oigo tu paso querido...
 y resuenan en mi oído
 ecos sublimes de amor.

- - -

Cuando en la noche serena
 doblo mi frente abrasada,
 sobre mi triste almohada
 confidente de mi pena,
 suave luz mi estancia llena
 un ángel hacia mi avanza...
 "descansa, dice, descansa:
 Duerme en paz, confía en Dios.
 Soy el alma de los dos
 y te traigo la esperanza..."

Regresado a Sevilla, profesó un republicanismo muy moderado, pronunciando muchos discursos en la educación del pueblo, perdiendo la partida entre los excesos de otros más exalta-

dos, mereciendo, según Mario Méndez Bejarano ser llamado el Castelar sevillano.

En 1874 para aliviar su dolencia urinaria se trasladó a Madrid para que lo operara el gran cirujano de la época, doctor don Federico Rubio. Veamos como escribe el resultado a su primo Carlos:

“Madrid, 17 de junio de 1874

Mi querido Carlos: recibí la tuya del 10 y no quiero tardar más en contestarla. Como comprenderás a mi pobre madre no puedo decirle toda la verdad. Te la diré a ti bajo la fe de tu prudencia y sigilo, que sólo romperás cuando sepas que está decidida mi vuelta a Sevilla, cosa que aún no está resuelta.

La parte quirúrgica ha sido, está siendo admirable por parte de Federico; pero el estado general, para cuya curación se ha llegado algo tarde, es de cada vez peor. Mi falta de apetito y de respiración y mi debilidad es cada día mayor amenazando con postrarme del todo. Y como sufrir una larga enfermedad, de la cual, no diré que probable, pero sí que posible pudiera temerse un fin funesto, es para mi una idea espantosa fuera del lado de mi madre, pienso muy seriamente si sigo así dos o tres días más, volver a Sevilla para siempre, bajo la dirección de Federico y con los médicos de esa que me designase.

Nada digas pues, hasta saber en mi casa misma que voy a volver; entonces dirás que yo te había indicado esta resolución por lo mal que Madrid me sentaba y nada más...

Memorias a tu madre y hermana y dispones de tu primo y amigo Curro”.

Y a poco de su retorno a Sevilla, falleció el día 25 de ese mismo mes y año.

En la esquila oficial se dice:

“R I P A

El Ilustrísimo señor / D. Francisco Escudero y Perosso, / Jefe Superior de Administración y del Cuerpo de Biblio / tecarios, Archiveros y Anticuarios, Auditor Honorario / de Marina, Doctor en Jurisprudencia, Licenciado en Fi / losofía y Letras, Catedrático de Historia de la Filoso-

fía, / correspondiente de las Academias de la Historia y de / San Fernando, Preeminente de la Sevillana de Buenas / Letras, individuo de la de Bellas Artes y Caballero / de la Orden de Juan de Jerusalen.

El Ilmo. Sr. Rector de esta Universidad Lite / raria, los Directores de las Academias Sevillanas de Bellas Le- / tras y de Bellas Artes, su desolada madre, / hermanos, tíos, primos y sobrinos. Director espiritual / y amigos, ruegan a V. encarecidamente que se sirva unir sus plegarias a las de la Iglesia en la esequias / que han de celebrarse en la Pa- / rroquia de San Miguel / el viernes 26 a las diez de la ma- / ñana y acompañar / después su cadáver al Cementerio de San Fernando.

El cielo premiará estos piadosos oficios, motivo de / eterna gratitud para sus deudos y amigos.

Vivía, Trajano num. 15.

Junio de 1874. El Porvenir”.

Tenía 56 años. Había nacido el 5 de febrero de 1828.

Su primo Carlos resumió su vida: “Tu saber fue cierto, tu genio innegable, ejemplares tus virtudes de ciudadano, y estas altas cualidades (además de ser un hombre bueno) sustentarán con firmeza tu ilustre nombre y tu memoria honrada”.

Pero la obra por la que Escudero pasó a la posteridad fue su *Tipografía Sevillana*, que fue una de las que en tiempos en que regía la Biblioteca Nacional Juan Eugenio Hartzenbusch fue premiada en concurso, pero que cuando en 1874 falleció su autor estaba en forma de fichas en su mesa de la Biblioteca Colombina, según comunicó don Antonio María Fabié a su primo Carlos Peñaranda, urgiéndole para que tratase de recogerla y guardarla para su publicación, con la biografía de su autor, que él suscribiría.

Unos fragmentos de cartas nos desvelan la honda contradicción que surgió por diferentes motivos en cuanto a la existencia material de la obra.

Al encomendar Fabié a su primo Carlos que probara averiguar qué había pasado con el original en fichas en dos cajas que tenía Curro en su despacho de la Biblioteca Colombina, una pri-

mera noticia dentro de su sincretismo daba cuenta de que alguien había intentado sustraerle de la Biblioteca, lo que motivó este comentario de Fabié en carta del 17 de julio:

“Lo que me dices de la Bibliograffa Hispalene me indigna, pero no sorprende pues conozco por desgracia a ciertas gentes, procura pues depurar si se ha hecho o no sustracción de la obra, lo cual pudiera verse por los índices, si por ventura los tiene...”

Y aclarado felizmente este suceso, surgió ahora un impedimento mayor consistente en que doña Luisa Perosso alegó que ella, como heredera de su hijo, era la dueña de la obra. Comunicada esta situación por Carlos a Fabié, éste contestó que había manifestado a Hartzenbusch lo que le decía y que se le reclamaran de oficio a su madre, que estaba en grave error, pues que al satisfacer la Biblioteca Nacional el premio a su autor, la Biblioteca adquirió la propiedad de la obra, y su derecho consistía sólo en pedir su publicación.

Y por fin doña Luisa reconoció su error y las cajas con las fichas fueron enviadas a Madrid a Fabié, para que lo entregara todo, y veamos lo que dijo Fabié en carta en el sentido de que él se encargaría de la publicación y de redactar la vida de su autor, pero que en cuanto a los discursos de Curro, que también se la habían remitido, que “lo mejor sería para la tranquilidad de todos que se publicara la Tipografía Hispalense, y en cuanto a los discursos que él no puede publicarlos, porque a pesar de sus bellezas literarias y de su amor al inolvidable Curro, como no está conforme con su doctrina los tiene a disposición de su familia”, lo que no tuvo lugar, y vinieron a mis manos a la defunción de mi tía Rosario Fabié, y debidamente encuadernados figuran en mi Archivo y Biblioteca. Complementando esta reseña con su retrato fotográfico, reproducido del original que figura en sus *Ensayos poéticos*.

Y para terminar felizmente con la glorificación de don Francisco Escudero y Perosso, al fin y por las gestiones de su primo Fabié se publicó esta excelente obra: *TIPOGRAFÍA HISPALENSE. Anales bibliográficos de la Ciudad de Sevilla desde el establecimiento de la imprenta hasta fines del siglo XVIII*. Tip. Sucesores de Rivadeneyra. Madrid. 1894. con un prefacio de don Antonio María Fabié y Escudero, pp. V-XIX.

Don Antonio María Fabié y Escudero

Por ser de sobra conocida su vida y su trayectoria vital me voy a limitar a un aspecto íntimo de su vida, dejando a un lado su pertenencia como socio Preeminente de esta Real Academia; el ser Académico de Número de las Reales Academias de la Historia y de la Lengua, Ministro de Ultramar, Presidente del Consejo de Estado... Nos referimos a un libro suyo rarísimo, editado en edición no venal en Sevilla. Se titula: *Biografía del Sr. D. Antonio María Fabié y Gálvez*. Sevilla. Imprenta y Librería, Calle de las Sierpes. Número 35, antigua 73, Moderno. 1871. No se vende. Tirada de cien ejemplares. Ejemplar número 9, dedicado a don Carlos Peñaranda y Escudero. Empieza así:

“Bastarían a explicar mi resolución de escribir la vida del que me dio el ser los deberes de la piedad filiar, que, por razones especiales y que se comprenderán leyendo lo que diré más adelante, van unidos mi corazón y mi espíritu a un efecto de amor profundísimo, mucho más profundo del que siendo grande de ordinario, suele unir a los hijos con sus padres”.

Nacido en Ayamonte en 1797, hijo de un médico fallecido de fiebre amarilla en 1804. Volvió a Sevilla con su madre y tres hermanos. A pesar de su juventud participó en la repulsa a los franceses, ocultando papeles confidenciales contra las autoridades, y concluida la instrucción primaria pasó a estudiar humanidades al Colegio de Santo Tomás, siendo alumno del gran latinista Padre Sotelo. Apenas cumplidos 17 años entró como ayudante farmacéutico en el ejército del Conde de Labisbal, cargo muy peligroso por la epidemia de tifus. Y en 1816, establecido ya en esta ciudad el Colegio para la enseñanza de la farmacia, siguió todos los cursos hasta la reválida, y por falta de medios no pudo graduarse de doctor, abriendo su oficina de farmacia en Triana, donde trabajó cerca de 50 años.

Perteneciente al partido liberal, fue alcalde 5º Constitucional en 1821, y trabajó con gran riesgo de su vida cuando en ese mismo año se desató el terrible azote de la peste, tomando todas las medidas para el aislamiento de las calles afectadas, y al triunfo de la causa de Fernando VII el 17 de junio de 1823, se quedó

solo con algunos criados en defensa de su casa y al lustre de su profesión, siendo muchos años presidente del Colegio farmacéutico, y sufriendo la segunda invasión del cólera en 1854.

Entre los títulos y distinciones que obtuvo en su vida ejemplar fue uno el haber ingresado como Académico en esta Real Academia, disertando el 8 de febrero de 1828 sobre el aire atmosférico.

En Sevilla fue un alumno ejemplar, mereciendo en 27 de junio de 1846 que, como alumno de cuarto año de Filosofía, se le entregara como premio un ejemplar encuadernado con grecas doradas con esta inscripción: "Oraisons Funebres de Bösuet", donado por el Sr. D. Joaquín Pérez Seoane, Rector de la Universidad Literaria de Sevilla, en premio del sobresaliente mérito de D. Antonio M^a Fabié, alumno de 4^o año de Filosofía. Firmado por Don Alberto Lista y por Antonio Martín Villa, Secretario".

Y a los catorce años pasa a residir a Madrid, para asistir a los cursos de Ciencias Naturales y Farmacia, llegando a ser Doctor en la primera y Licenciado en la segunda.

En Madrid contrajo estrechísima amistad con varios de los escritores más románticos y uno de ellos, el después artífice de la Restauración de Alfonso XII, don Antonio Cánovas del Castillo, le convenció para que estudiara una tercera carrera, la de Derecho, que cursó en Sevilla, licenciándose en 1857, logrando convencer a su señor padre de que no tenía vocación de continuar con la farmacia paterna de la calle de San Jacinto de Triana.

Y en no menos breve síntesis, añadiré que de entre todos los libros que escribió de índole filosófica, es el más destacado a mi entender el del *Examen del Materialismo Moderno*, en el que sin renunciar a su pasión moderada por el gran filósofo alemán Hegel, se declaró católico dentro de la ortodoxia acendrada.

Y en la vida familiar contrajo segundas nupcias en 1828 con doña Amparo Escudero y de la Vega, de la que nacieron cinco hijos, siendo el mayor Antonio María, nacido el 26 de octubre de 1829 en Triana, muriendo su esposa el 7 de marzo de 1836.

Y finalmente diremos que de 1857 a 1861, en que volvió a ser Alcalde, se opuso sin éxito a que se derribasen las antiguas murallas y puertas que había desde la Real hasta la Macarena.

Dios puso fin a la vida de este excelente patriota y científico el 29 de junio de 1871.

Historia de unos sonetos de amor. Las relaciones amorosas de Mercedes de Velilla con Carlos Peñaranda

De los tres Escuderos de que venimos hablando, Carlos era el menor. Había nacido en el piso alto de la casa número 6 de la calle del Naranjo el día 7 de abril de 1848. Era hijo de don José María Fernández de Peñaranda y Fernández de Peñaranda, natural de Fuentes de Andalucía, y de doña Juana Escudero y de Vega, hija de don Francisco Escudero y Gutiérrez y de doña Ana de Vega y Azparren, todos pertenecientes al Estado Noble. Fue su madrina su tía doña Luisa Valderrama, marquesa viuda de Casa Saavedra. Era dieciséis años menor que Fabié y 25 menor que Curro Escudero.

De niño estudió Carlos en el Colegio de San Fernando de Sevilla, y era colega de Luis Montoto. Ambos tenían como profesor entonces de gimnasia a Narciso Campillo, el más leal amigo de Gustavo Adolfo Becquer y corrector póstumo de sus inmortales rimas.

Carlos era, como casi todos los Escuderos, rubio con los ojos azules y era un extremado guitarrista, no sólo en el flamenco, sino también de varios arreglos de música de cámara para guitarra, y sobre todo se sentía poeta y aspiraba a la gloria de serlo.

Mercedes de Velilla vivía con sus padres y hermanos en la Calle de los Manteros, punto de reunión de los jóvenes que amaban las letras y las cultivaban en Sevilla; todos los cuales rendían parias a la soberana inspiración del autor de *Witiza* y *La luz del rayo*. “Acudíamos allí –nos dice Luis Montoto en 1918- diariamente, Rafael Álvarez Sánchez-Surga, felicísimo traductor de los poetas alemanes, muerto cuando prometía muchos y sabrosos frutos, porque era de talento muy claro e infatigable en el estudio; Felipe Pérez y González, de sutil ingenio y abundante vena cómica, que andaba a vueltas con la publicación de su *Libro Malo*, anuncio de otros que sazonarían la experiencia y el buen gusto; Cano y Cueto, el enamorado de la tradición y la leyenda, de portentosa facundia, autor de cuentos fantásticos en que hallan como germen las aptitudes que se desbordaron en las páginas de las *Leyendas y tradiciones sevillanas*. Mario Méndez, de palabra de oro, hondo pensar y sentir profundo; Carlos Peñaranda, el apasio-

nado de Víctor Hugo, a quien dedicó la primera colección de sus poesías, mozo que comulgaba con la fe del neófito en los principios proclamados por la recién revolución triunfante; deudo de los hermanos Escudero y Perosso, Luis y Francisco, éste hombre de ciencia y eximio bibliófilo, culto e ingenioso escritor dramático aquel; y finalmente, ocupando el último lugar, quien traza estas líneas”.

Pues bien, en esa casa y dentro del amor a la poesía nació el amor de Carlos Peñaranda y Mercedes de Velilla, cuyo primer libro *Ráfagas*, vio la luz en 1873 con un bellissimo prólogo de Escudero y Perosso, que dice certeramente de la autora:

“Esta última que, aún siendo muy niña, ha escrito bellísimas poesías, ya conocidas y admiradas, ofrece hoy al público la excelente colección de riquezas literarias contenidas en el presente volumen. Dedicado a sus padres, que recibirán con agrado tan pura y delicada ofrenda, su nombre que lo autoriza, goza en nuestra ciudad y en toda España justa fama y estimación, tanto por haberlas adquirido la autora de este libro, cuanto por figurar al frente de dos dramas, *Witiza* y *La expulsión de los moriscos*, originales de su hermano José de Velilla. Lícito es suponer que este nombre, ilustrado ya en grado tal por jóvenes casi niños, será inscrito algún día entre los más gloriosos de la literatura sevillana”.

Pero este amor no cristalizó en un matrimonio porque en gran parte era un amor intelectual y de reconocimiento de un poeta sincero, como era Carlos, a una joven sincera, poseedora de grandes dotes intelectuales, y el rompimiento provino de que en un viaje a Valencia, Carlos conoció en el jardín de la casa de su hermana Ana a una bellísima joven maestra, y el amor surgió entre ellos, de tal forma que decidieron casarse y seguir la vida siempre juntos. Esta joven era Nina Fernández Latorre, hija de don Vicente Fernández Hermida y de María Nicolasa de Torre y Vallejo, que había nacido en Lugo, en una estancia del regimiento de su padre en la ciudad, y sus padres lo eran de Santa Marta de Velle, en Orense, bellissimo pueblo que en sus grupos de habitantes bajaban hasta las orillas del Miño.

Nuestra abuela Nina nos contó alguna vez los anteriores amores del abuelo Carlos con Mercedes, y de cómo era muy agra-

dable de trato, más bien menuda, con un bonito pelo y unos impresionantes ojos.

Pero nada más supimos, hasta que llegó a mis manos un folleto, preciosamente encuadernado en piel con orlas de oro en las tapas, que había pertenecido a un coleccionista Portilla, y cuyo contenido era éste, añadiendo que formó parte de un reducido número de ejemplares impreso en papel de hilo. Su título:

Mercedes de Velilla. *Poesías*. Publicadas por acuerdo del Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, e impresas a expensas del mismo. Prólogo de don Luis Montoto, Cronista Oficial.

En él, y con el título de *Sonetos íntimos. Ante unas cartas*, se insertan diez magníficos sonetos dedicados a un amor roto que resultó, como a veces sucede, trágico para su autora. Y bueno será advertir que Montoto, íntimo amigo de la autora, no indicó siquiera quién era el destinatario de los mismos, aunque lo sabía, pero yo, que profeso una enorme simpatía a la figura de Mercedes de Velilla, y que pasados más de ciento y pico de años desde que fueron escritos, no voy a juzgar la conducta de nadie. Ocurrió lo que tenía ocurrir, que Carlos se enamoró de la joven maestra Nina y pensó que eso era amor, y como nieto de aquella gran señora que fue mi abuela materna, rindo pleitesía a la bondad de los sonetos en que un alma noble canta la desilusión de su amor y que estaban inspirados por mi abuelo Carlos, como consta de una manera indudable por el último terceto del décimo soneto que dice:

Mírame tú; que si dolor impío
 rasga mi corazón con mano dura,
 como el rayo de sol la niebla oscura,
 disipa tu mirada el dolor mío.
 Mírame tú, porque la muerte ansío
 cuando alcanzar no puedo esa ventura:
 si no me alumbrá el sol de tu hermosura,
 mi vida es un desierto muy sombrío.
 Mírame tú; que son de mis enojos
 tus miradas dulcísimo consuelo,
 flores que nacen donde miro abrojos.
 Mírame tú; que mi amoroso anhelo,
 viendo la luz de tus azules ojos,
 pienso mirar el resplandor del cielo.

Carlos era rubio con ojos azules como lo era Curro, su primo y otros Escuderos.

Y como no podemos por la premura del tiempo copiarlos todos, hemos elegido este que figura en la página 17 de este folleto publicado en honra a Mercedes de Velilla.

Tú eres altar de mi cariño santo;
 tú el solo bien de la existencia mía;
 tú eres el astro que su luz me envía;
 tú quien inspira mi amoroso canto.
 Tú eres del alma misterioso encanto;
 tú eres del corazón dulce alegría;
 tú eres la estrella que mis pasos guía;
 tú eres consuelo de mi atroz quebranto.
 Tú eres la gloria donde nunca llego;
 tú eres el mar do naufragó mi calma;
 tú eres el rayo que encendió mi fuego.
 Tú eres quien me diste del sufrir la palma;
 tú a quien adoro, y si el amor es ciego,
 tú eres la sola luz que ve mi alma.

Conmovidado por la lectura de estos sonetos. me apresuré a escribir a don Santiago Montoto, hijo y heredero del archivo de su padre don Luis, que me dijera, si lo sabía, en qué fecha se pudieron escribir, y en su contestación me confirmó que eran de 1873-1874, y que seguramente los originales se quedarían en la Imprenta.

Pero en este folleto, además de los sonetos se inserta una extensa epístola en verso descrita como “Carta a un amigo”, que era don Luis Montoto, en la que habla de sus fallidos amores, y a la que corresponden estos versos:

Mi juventud, por la desgracia herida,
 huyó fugaz, sin galardón ni gloria,
 dejando un cuerpo con inútil vida;
 dejando un alma con tenaz memoria,
 que en las páginas rotas del pasado
 reanuda siempre de su amor la historia.
 ¿Demencia del cariño desdichado

que de mi pecho en la prisión sombría
 sueña, muriendo, con el bien no hallado!
 No, no pude olvidar: la pasión mía
 hollada pudo ser, más ni un momento
 del ser que la impulsó renegaría;
 y en el loco pensar, que es mi tormento,
 quisiera que él la hallase en su presencia
 cual sombra de su propio pensamiento,
 como el aire vital de su existencia,
 cual árbitro fatal de su destino,
 cual eco acusador de su conciencia...
 Y en cambio, ya lo sé, ya lo imagino,
 no haría mi imagen, resignada y triste,
 la más pequeña sombra en su camino.
 ...Perdona, amigo, si en mi labio viste
 la queja del dolor que me asesina;
 pues amistad sincera me ofreciste
 y a ella, en su soledad, mi alma se inclina,
 como a la luz que brilla en el santuario
 el viajero perdido se encamina.
 Yo llegaré hasta el fin de mi calvario
 con mi pesada cruz, cruz del olvido,
 que el corazón arrastra solitario.
 Del cariño más fiel el premio ha sido,
 y aunque agobió mi ser, miraba en ella
 lo que restaba de mi amor perdido:
 dulce recuerdo que mi vida sella;
 que aunque tan breve fue mi amada gloria,
 me consuela el pensar que existió ella.

Mercedes era consciente de que sus sonetos eran muy buenos, y que en ellos había alcanzado la cima de su poesía lírica, y al confiárselos a su amigo de siempre, Luis Montoto, le rogaba, y así termina esta carta-súplica:

Si acaso quieres escribir la historia
 de amor tan infeliz y tan constante,
 serás el guardador de su memoria,
 y el trovador amigo que la cante.

Pero don Luis no atendió este ruego y pasó como de puntillas por ese amor, quizás pensando que muertos ya sus autores era mejor el olvido. Pero en eso se equivoca gravemente don Luis, pues la historia de un amor y máxime si fue entre dos buenos poetas interesaba tanto a los amantes del amor que siempre han sido y serán y la historia a hoy sin terminar de la lírica sevillana en el último tercio del siglo XIX.

Carlos Peñaranda en su libro *Indecisiones*, publicado en Sevilla en 1873, canta en cuatro poemas su amor a Matilde de Velilla. Escogemos el siguiente:

A M...

Cuanto te conocí, dolor eterno
Rasgaba el corazón;
Mas luego huyera, como niebla fría,
A la luz de tu amor.
Vióme dichoso la contraria suerte
Con mi ilusión gozar,
Y nuevas horas de quebranto fiero
Preparó en su crueldad.
Si fue tan grande mi tenaz deseo
De llamarte mi bien
¿Cómo será el temor que me atormenta
De poderte perder?
Dime que es vana la sospecha mía,
Que al mundo nos verá
Palpitando de amor y de ventura
El pasado olvidar.
Qué tenderán sus alas los dolores
Con loca rapidez,
Y viendo nuestro amor, huirán, temiendo
Disipar nuestro bien.
Que airada muerte, en ignorada hora
Al herir a los dos
Nos unirá por siempre en ese mundo
Donde no muere el sol.
Dimelo luego, y desde el alma mía

Hasta Dios subirán
 Tantos himnos de gloria, como estrellas
 En el espacio hay.
 Y huirán por siempre de mi frente herida
 Las sombras del dolor...
 ¡Callado porvenir! ¡Cómo en tus olas
 Navega el corazón!

Y para concluir por mi parte esta disertación, me falta decir algo sobre la personalidad literaria y civil de mi abuelo don Carlos Peñaranda, que destinado como funcionario de Hacienda a ultramar permaneció en la Isla de Puerto Rico varios años, teniendo un duelo a pistola con un periodista que le había motejado de mal español, del que por fortuna salió ileso; que en permiso en la Península en el que visitó en Sevilla a su madre, publicó en 1905, en Madrid, simultáneamente tres libros, uno de poesías, preciosas por su placidez de espíritu, otro de *Cartas Puerriqueñas*, dirigidas a su amigo el gran poeta don Ventura Ruiz Aguilera y, finalmente, uno de Discursos y artículos varios.

Vuelto a Puerto Rico fue trasladado oficialmente por permuta a Manila, aunque en realidad lo fue por sus ideas de español liberal, y vuelto a Madrid en 1890 pasó otra vez a Filipinas como Gobernador Civil de la Provincia de Pangasinan, pasando de ese cargo al de Ordenador Central de Pagos, Subintendente General de Hacienda y finalmente Consejero del de Administración de las Islas, que desempeñaba en 1897, en que estalló la sublevación de los tagalos a los que combatió como Comandante de la Guerrilla de San Miguel, asistiendo a la toma y asalto de Silang, cuartel General de los rebeldes.

Y en su primera estancia en las Islas Filipinas recibió con gran alegría la comunicación de que había sido nombrado por unanimidad socio de esta Real Academia, en la categoría de Académico Correspondiente, firmado el diploma por dos grandes y antiguos amigos, don José María Asensio y Toledo, director, y don Luis Montoto, secretario. La placa de bellísima plata la conservo entre sus recuerdos en una vitrina donde están algunas de sus condecoraciones y medallas de corporaciones literarias.

Mas, como en este coloquio hemos tratado de poesía, inserto su bellísimo poema: "Amor", puesto en música en 1895 en Manila, por el caballero Antonio de Kontski:

Mirar lo invisible, tocar lo incorpóreo,
asir en el cielo sonidos y voz;
gozar padeciendo, vivir esperando...
¡Mirad el amor!
Aromas que suben y unidos se besan,
acordes extraños en fácil unión
recuerdos y dudas, placeres y llanto
¡Mirad el amor!
Dos frentes dormidas por un mismo sueño,
dos almas que inunda la misma ilusión
dos partes de un todo divino y sin nombre
¡Mirad el amor!

Y como colofón, y cuando ya estaba muy enfermo, este soneto dedicado a su queridísimo amigo don Luis Montoto, en que espléndido canta a su Sevilla:

¡Campos de mi adorada Andalucía;
sol, que mis venas en tu ardor templaste;
maravilloso cielo, que poblaste
de sueños y de luz mi fantasía!
¡Templo grandioso de la patria mía,
que, a tu imagen, mi espíritu formaste;
ciudad de flores que ante mí alfombraste;
sendas de gloria cuando Dios quería!
¡Betis! ¡Sevilla!... Al hijo desterrado
compadeced, que está por males fieros,
por injusticias tantas ultrajado.
¡que hoy no tiene, en sus días postrimeros,
doliente, empobrecido y olvidado,
ni la esperanza de volver a veros.

Está escrito en el mismo año de su muerte, el 19 de noviembre de 1908, y alude en su último terceto de cómo, después de la pérdida de las últimas posesiones españolas de América y de Oriente, los altos funcionarios de Ultramar lograron que se respetaran sus categorías administrativas y tuvieron que aceptar cargos en comisión de inferior categoría y sueldos, y a él, que era Jefe Superior de Administración Civil le degradaron a Jefe de Administración de cuarta categoría.